En el recuerdo se encuentra uno a sí mismo. Pero ojo con caer en la melancolía porque la melancolía representa la conciencia de lo inalcanzable. Es como si la meta a la que uno trata de llegar se va desplazando a medida que avanzamos. En general esto es la propia vida. La vejez es, además, la convicción de que debes renunciar a esa meta. En otras palabras, es como si este melancólico no hubiera recorrido ningún camino.

Pero el mundo de los recuerdos no debe presidir la ocupación mental de la vejez. A cualquier edad se pueden plantear y programar proyectos, sean de un día, de un mes o de varios años. Proyectos mucho más atractivos en la medida que hasta este momento no se pudieron plantear, absorbidos como estábamos en el negocio de sacar la familia adelante.

Es preciso sustraerse a citar experiencias personales. Casi todos los que han escrito sobre el tema lo han hecho. Simplemente esbozaré que no sé por qué, desde muy joven, siempre pensé que no llegaría a viejo. Los de mi edad hemos vivido demasiados riesgos, y por eso estoy muy contento de haberlos superado.

El umbral de la vejez se ha retrasado mucho en los últimos tiempos. La vejez del registro civil no suele coincidir con la vejez psicológica. El recuerdo del pasado es el pasado. Pero si no un gran futuro sí nos queda un presente. Aunque no debo hablar de mí, yo tengo cuatro nietos en quienes me complazco todos los días. Valoro el sol y la libertad de cada mañana, disfruto del paisaje, respiro hondo, frecuento las relaciones que aún nos quedan... todo eso está a nuestro alcance. Y dentro de ello, cómo no, el recuerdo forma parte muy importante. Aunque el recuerdo no haya sido nunca realidad como a veces sucede.

Tantos y tantos tratados sobre la vejez, tantas y tantas recomendaciones, tantas y tantas experiencias, programas, consejos sobre como se ha de vivir esa etapa de la vida... y no se llega a una teoría más o menos unificada. Y es que, para mí, el ser viejo no cambia la condición de las personas y por lo tanto estas se manifiestan tal como lo han hecho en las etapas anteriores de la vida. Por eso no se llegará nunca a un acuerdo para unificar criterios. A unos ancianos se les podrá elogiar su actitud frente a la vejez, y a otros se les deberá de reprochar. Unos seguirán trabajando con su mente, desarrollando actividades intelectuales que enriquecerán su personalidad a pesar de sus muchos años y otros se dedicarán a realizar el sueño de su vida, el de dedicarse a descansar sin ningún tipo de actividad. Se podría recomendar a estos últimos que traten por todos los medios de adquirir algún hábito, alguna afición, algún medio de lectura o de aprovechamiento de su mucho tiempo libre, pero, si para ello han de violentarse y hacerlo con esfuerzo impropio de sus apetencias, no creo que sea muy recomendable.

He hablado de nuestros recuerdos, del recuerdo de los viejos. Pero debo decir algo, aunque sea de pasada, sobre el recuerdo que nosotros aspiramos a dejar en los demás, especialmente entre los nuestros. Toda la vida la hemos pasado tratando de conseguir la aprobación de nuestros actos entre quienes nos rodearon. Buscando el cariño de los demás. Y el elogio de nuestros actos, de nuestras obras. Tal vez sea ese el motor más dinámico del género humano. El hombre solitario y huraño no se asea, no se afeita, se abandona... y no lo hace por sucio o dejado, sino porque no tiene quien se lo valore y aprecie. Pues eso pasa en múltiples otras acciones más trascendentes. ¿Vamos a malograr esa buena impresión que todos aspiramos a dejar entre los nuestros con actitudes sombrías de última hora? Tal vez si sabemos controlar las quejas por el maldito dolor de espalda o de cabeza, dejemos oír a quienes nos rodean la melodía de nuestros buenos sentimientos y deseos. La armonía de una partitura que está a punto de acabar y en la que cualquier estridencia final arruinaría para el recuerdo que aspiramos a dejar en quienes la escucharon en primera fila del teatro de nuestra vida.